

LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

PARTE OCTAVA

LA REFORMA

POR DON NICOLÁS SALMERON Y ALONSO

## INTRODUCCION.

### LA EDAD MEDIA Y LA REFORMA.

#### § I.—¿Qué es la Reforma?

##### N.º 1. — *Elemento religioso.*

La Reforma es juntamente una revolucion religiosa y política. ¿Qué es una revolucion? En el siglo XIX es fácil responder á esta pregunta; hemos visto una revolucion saludada en un principio por cuantas almas generosas poseía el mundo civilizado como una renovacion de la humanidad, como la realizacion en el orden social de las promesas que había hecho el cristianismo en el orden religioso. Desde 1789, las revoluciones se suceden como las tempestades durante la estacion de los calores. No han sido todos estos movimientos igualmente felices; amenazando el último las bases en que la sociedad descansa, ha puesto el espanto en los espíritus; y de aquí se ha originado una reaccion ciega como la pasion contra aquella misma revolucion francesa que los más moderados glorificarán y contra toda revolucion. Pero las reacciones no pueden cambiar las leyes de la humanidad, y las revoluciones son una manifestacion de estas leyes.

Desde que Dios colocó al hombre sobre esta tierra, rige al género humano una ley que han obedecido largo tiempo los pueblos por instinto, pero

que hoy ha entrado en la conciencia general. Al reemplazar el cristianismo á las religiones antiguas, pronunció la primera palabra de progreso; cuando la Iglesia trató de inmovilizar á la sociedad en provecho de su dominacion, la filosofía se apoderó de la idea: los milagrosos perfeccionamientos que se cumplen en el orden material la han arraigado en los espíritus, y en vano se intentaría destruirla; los que acometen esta loca tentativa prueban sólo una cosa, á saber: que el dogma en cuyo nombre hablan es incompatible con la civilizacion moderna. Cuando en el siglo XVI quiso la Iglesia inmovilizar la tierra en medio del espacio, exclamó el grande hombre á quien obligó á retractarse de la verdad: "Y, sin embargo, se mueve." La humanidad responde á la Iglesia en el siglo XIX: "Yo marchó y progreso á despecho de vuestra doctrina, que se pretende inmutable; al negar el progreso, abdicais la direccion de las sociedades humanas."

Largas luchas con la naturaleza han sido necesarias ántes de que la sociedad realizara las admirables invenciones que habían de cambiar bien pronto la faz de la tierra. En el orden moral en-

cuenta el progreso una resistencia tan tenaz y todavía más difícil de vencer en los intereses y las pasiones de los hombres; no puede cambiarse sino por una acción secular un estado social y religioso que ha durado siglos. Si los que dirigen las sociedades comprendieran la necesidad de la revolución inevitable que se produce incesantemente bajo la mano de Dios, prestarían a ella su concurso, y la humanidad avanzaría hacia el término de su destino como una compañía de sabios; mas el mero enunciado de esta suposición muestra que hay que abandonar a los utopistas la esperanza de un progreso regular y sin trabas. Hemos sido testigos de la ciega obstinación con que las clases privilegiadas han rechazado las innovaciones de la revolución francesa, a pesar de que estaban iniciadas en las nuevas ideas por la filosofía, que se había formado, por decirlo así, bajo los auspicios de la nobleza. En el orden religioso, más todavía que en el político, oponen al progreso las instituciones existentes una resistencia que no cede a ninguna persuasión, porque los que resisten creen sostener la causa de Dios. Todas las religiones se proclaman obra de la divinidad; y ¿cómo admitir que puedan cambiar los hombres lo que Dios ha hecho? Oponiendo revelación a revelación, encontró el cristianismo acceso en los espíritus; y, sin embargo, a pesar de la autoridad del Hijo de Dios, no llegó a establecerse sino por una revolución violenta, la ruina del mundo antiguo y la invasión de los Bárbaros. El catolicismo quiso a su vez detener la marcha del género humano: durante siglos rechazó la Iglesia las reclamaciones más modestas; y cuando al fin estalló la Reforma, ¿cedió acaso el pontificado a las justas exigencias de la cristiandad? Respondan por nosotros las horribles guerras religiosas de los siglos XVI y XVII.

¿Qué son, pues, las revoluciones? Un progreso en la vida de la humanidad que se produce de una manera violenta, porque las pasiones humanas se oponen a la transformación regular de las instituciones y de las creencias. Así, toda revolución es una innovación. La Reforma tenía la pretensión, sin embargo, de ser una vuelta a lo pasado, y bajo cierto aspecto era verdad; pero este lado del protestantismo no es más que un elemento pasajero de la revolución que se abre en el siglo XVI, que se continúa hasta nuestros días y no se cumplirá sino en lo porvenir. La Reforma es en su esencia un

progreso; y cómo se dirige contra la Iglesia, hay que reconocer que es un paso fuera del catolicismo, es decir, un primer paso fuera del cristianismo histórico.

La Reforma es una revolución religiosa, mas no pretende hacer ningún cambio en la religión cristiana; acepta la revelación y los dogmas formulados por los concilios de los primeros siglos. Siendo su punto de partida el mismo del catolicismo, ¿por qué se separa de la Iglesia? Porque la Iglesia romana, dicen los protestantes, había corrompido la fe por el interés de su dominación. El cristianismo, según ellos, es esencialmente una relación del hombre con Dios por la mediación de Jesucristo; el catolicismo ha hecho de ella una ley; y confundiendo a Jesucristo con la Iglesia, ha considerado el sacerdocio como el mediador necesario entre el hombre y Dios. La religión se ha convertido, por consecuencia, en un sistema de reglas legales; el sacerdocio prescribe a los fieles lo que deben creer; el que se aparta de sus mandamientos se pone fuera de la Iglesia, y fuera de la Iglesia no hay salvación. Impone, además, el sacerdocio a los fieles lo que deben hacer; y sólo practicando esas obras se gana la vida eterna. En suma, se encadena a los discípulos del Cristo con observancias tan estrechas como las que aprisionaban a los sectarios de Moisés: la Ley Antigua reaparece bajo el Evangelio (1).

La crítica que los protestantes hacen del catolicismo es fundada; pero no tienen en cuenta las circunstancias históricas que explican el carácter legal que tomó el cristianismo después de la invasión de los Bárbaros. Estaba llamado el cristianismo a formar la educación de los Germanos; y ¿cómo educar a los pueblos sin dominarlos? El maestro somete al niño a deberes de que éste no tiene conciencia, y del propio modo debió el cristianismo imponer observancias y leyes a los Bárbaros. Jesucristo substituyó los mandamientos a las amenazas de la Ley Antigua por la caridad; pero no habría tenido influencia sobre el rudo espíritu de los Germanos esta religión interior; se necesitaba una regla y una Iglesia que velara por su cumplimiento. De ahí el carácter del catolicismo en la Edad Media: la religión es la obediencia pasiva a los

(1) ULLMANN, *Reformatoren vor der Reformation*, t. I, p. 93; tomo II, p. 686.

preceptos dictados por una autoridad que se da como órgano de Dios.

La Iglesia cumplió su misión; los mismos protestantes le tributan gracias por la dura disciplina a que sometió las razas bárbaras; pero, habiendo llegado a ser un poder, tuvo la Iglesia la ambición de todos los poderes; quiso perpetuar la autoridad que debía a circunstancias pasajeras, y para esto trató de inmovilizar las observancias que constituían toda la religión, confundiendo la tradición que les había dado nacimiento con la palabra misma de Dios. Guardiana de las leyes divinas, participaba del carácter sagrado de las reglas de que era depositaria; y su imperio parecía inmutable como Dios, de quien se daba por intérprete. Mas había un vicio en el fundamento mismo de su dominación: el cristianismo estaba alterado en su esencia. La Iglesia usó y abusó de la religión; degeneró el sistema penitenciario en una operación de hacienda, y las obras, consideradas como medio de salvación, desterraron todo sentimiento de piedad. Así, la religión no consistía ya en el siglo XV sino en prácticas supersticiosas; la teoría servía para justificar el hecho, y la Iglesia explotaba el hecho y la teoría en provecho de su ambición y de su codicia.

La decadencia del cristianismo provocó la Reforma; el protestantismo fué una reacción del espíritu evangélico contra las tendencias de la Ley Antigua que se habían reproducido en el catolicismo. Así, mientras la religión de la Edad Media concentraba la piedad en prácticas exteriores, los protestantes se concretaron a la fe en Jesucristo; la Iglesia cambió con esto de naturaleza; el sacerdote no fué ya el mediador necesario entre el creyente y Dios, pues que Cristo era el único mediador, y el sacerdocio no tuvo ya que prescribir reglas ni distribuir la salvación, pues que todo se cumplía en el interior del hombre y por el sacrificio omnipotente del Hijo de Dios. Al destruir el poder de la Iglesia, emancipó la Reforma al cristiano de todo poder humano; y en este sentido es una doctrina de libertad; pero que no nos haga esta palabra caer en ilusión; que los reformadores no querían dar al hombre la libertad tal como nosotros la comprendemos hoy. Sometía los fieles el catolicismo a una autoridad exterior; el laico dependía del sacerdote, y del papa la cristiandad entera. Los reformadores rechazan todo mediador en-

tre el hombre y Dios; el cristiano es, pues, libre respecto de los hombres en cuanto a su fe, mas no lo es respecto de Dios; y precisamente porque está bajo la dependencia absoluta de Dios, es independiente de toda humana autoridad.

Así es la libertad cristiana una entera sumisión a Dios; y de aquí deriva el dogma fundamental de la Reforma, a saber: que la salvación depende de la fe en Jesucristo. Nunca se siente el hombre más débil, más impotente, que cuando se halla solo en presencia de Dios: es la imperfección en presencia de la perfección; y si se añade a este sentimiento la conciencia que tiene el cristiano de su caída, de la corrupción de su naturaleza, consecuencia del pecado original, se formará una idea del desaliento, de la desesperación que se apodera del fiel, aterrado bajo el peso de su falta; no es en sí mismo donde puede encontrar la esperanza de salvación, porque no es más que corrupción y pecado; pero hay un mérito infinito en Jesucristo; y para hacernos partícipes de él, ha tomado el Hijo de Dios la forma de esclavo, y nosotros podemos apropiárnoslo por la fe. En suma, nada de salvación viene del hombre, todo viene de Dios; el sacrificio de Jesucristo es una gracia; gracia es también la misma fe, y la perseverancia en la fe es una gracia todavía.

Tal es la doctrina de la justificación por la fe. Nada hay de nuevo en este dogma, que se eleva hasta San Pablo, y cuyas consecuencias desarrolló San Agustín muchos siglos antes de Lutero y Calvino; pero la severa creencia de la gracia habíase insensiblemente modificado durante el curso de la Edad Media. Tomada en todo su rigor, altera el principio de la libertad, hasta el punto de conducir al fatalismo; prodújose una reacción contra la gracia, y la libertad conquistó un puesto en el sistema teológico del catolicismo. Mas al exaltar el mérito del hombre, debilitaba la Iglesia la importancia de la gracia y del sacrificio de Jesucristo, abría la puerta al pelagianismo y comprometía la existencia del cristianismo histórico. La Reforma volvió a las ideas de San Pablo y San Agustín.

El dogma de la justificación era considerado en el siglo XVI como el fundamento teológico de la Reforma; mas hoy son repudiadas por los protestantes las creencias en que descansa. No dicen ya con Lutero que la libertad es una palabra vacía de sentido, ni creen con Calvino en el poder abso-

luto de Dios que predestina á la salvacion á los unos y á la condenacion á los otros. Y es que la justificacion era más que un principio un arma de guerra; era un excelente medio de reanimar el sentimiento religioso, pues cuanto ménos se otorga al mérito del hombre, más necesaria se hace la fe. Por otra parte, al atribuir la salvacion á Dios, aruinaban los reformadores la dominacion de la Iglesia, porque la Iglesia dominaba á los fieles por su intervencion en las obras meritorias, condicion necesaria de la salvacion; y al disponer del cielo disponia indefectiblemente de la tierra; la Reforma le quitó las llaves del cielo para restituirlas al Cristo.

Sea cualquiera la importancia del dogma de la justificacion, se engañaría quien viera en él la esencia de la Reforma; no es más que un elemento transitorio. Todas las revoluciones tienen un arma de guerra; mientras dura el combate se confunde fácilmente el arma con el fin providencial que, las más veces sin saberlo, se prosigue; pero no tardan en desarrollarse los gérmenes depositados en estas grandes tormentas de los pueblos, y entónces lo que parecía ser el fin no aparece ya más que como un medio, reconociéndose que el verdadero fin, tal como la historia lo descubre, es á veces opuesto á las miras de los autores de la revolucion. Así ha sucedido con la Reforma. Los protestantes han abandonado la doctrina agustiniana de la gracia, porque se reveló su falsedad cuando Calvino la enseñó en todo su rigor y con todas sus consecuencias. Si fuera verdad, como afirmaba Lutero, que la justificacion es toda la Reforma, sería preciso decir que no tiene ya razon de ser, pues católicos y protestantes se hallan casi de acuerdo acerca de la fe y de las obras; pero la verdadera mision de la Reforma no era resucitar los dogmas profesados por San Pablo y San Agustin, sino dar un paso fuera del cristianismo histórico. Si se hubiera dicho á Lutero y Calvino que su reforma tendia hácia una religion más perfecta que el cristianismo, habríanlo rechazado como una calumnia; y, sin embargo, la historia atestigua que ese es el resultado final del protestantismo.

Con la penetracion del odio le dijeron al protestantismo sus enemigos que no pararía hasta llegar al deísmo, es decir, á la negacion del Cristo como Hijo de Dios, al abandono del cristianismo como religion milagrosamente revelada. Los he-

chos han dado razon á estas predicciones. El racionalismo, consecuencia filosófica de la Reforma, rechaza todos los dogmas sobrenaturales del cristianismo, y, por consiguiente, la misma religion cristiana, como procedente del Hijo de Dios. Desde el origen del protestantismo manifestó estas tendencias una de las sectas innumerables á que dió nacimiento; el curso lógico de las cosas ha conducido todas las sectas al socinianismo, ó, por mejor decir, se ha ido más allá todavía. Los *Amigos protestantes* en Alemania, los *Unitarios* en los Estados Unidos, no tienen ya de cristianos más que el nombre; forman la transicion entre una religion antigua y una religion nueva. Al abandonar la doctrina religiosa que le servía de arma en el siglo XVI, se lanza resueltamente la Reforma hácia lo porvenir, fiada en la razon, esta revelacion permanente de Dios en la humanidad.

#### N.º 2.—Elemento social y político de la Reforma.

La Reforma fué una revolucion esencialmente religiosa; mas ha producido consecuencias sociales cuya importancia no cede á los resultados del movimiento teológico. No es esto una de las contradicciones que se han reprochado tantas veces á los reformadores; toda religion contiene en germen una concepcion política; poco importa que tengan ó no conciencia de ella los reveladores; y aun cuando rechacen todo pensamiento terreno, como Jesucristo, no por eso influye ménos en el destino de los pueblos. Tan cierto es esto, que las revoluciones que agitan nuestro siglo no son otra cosa que tentativas para realizar en el orden civil los dogmas de la igualdad y de la libertad cristianas. La Reforma estaba también llamada á modificar la sociedad, aunque los reformadores se preocupaban sólo de la fe; y se puede decir más todavía, y es que en su mismo principio era tanto una revolucion política como religiosa. Habíase llegado á convertir el catolicismo en una institucion política; la Reforma tenía por mision obrar contra la religion de la Edad Media, y debía, pues, conducir á una revolucion social.

“Parece, dice *Erasmus*, que la Reforma conduce á secularizar algunos monjes y á casar algunos sacerdotes; esta gran tragedia termina por un desenlace cómico, pues que todo acaba con un ma-

trimonio, como en las comedias.” (1). El ingenioso escritor no advierte que, queriendo ridiculizar la Reforma, hacia su apología. Al extremar el catolicismo el espiritualismo cristiano, condujo al monaquismo, que debía realizar la perfeccion evangélica; y Lutero inaugura con su casamiento un nuevo orden social: la naturaleza, tal como Dios la ha formado, recobra sus derechos; el matrimonio es santo, más santo que el celibato, porque es el cumplimiento de una ley divina; santa es también la vida civil, porque Dios ha creado á los hombres para que vivan en sociedad y no para que deserten del mundo, haciendo de su vida una muerte. El fin del hombre en esta tierra no es aniquilar su individualidad y matar sus facultades, sino desarrollarlas, cumpliendo la mision que Dios le impone. El trabajo, en su más lata acepcion, es, pues, santo, mucho más santo que una ociosa contemplacion ó una pobreza voluntaria. La abdicacion de la voluntad individual, que hace de un sér vivo un cadáver, viola los designios de Dios; el hombre no debe obedecer al hombre, sino á la ley, realizacion humana de la voluntad divina.

La concepcion que el catolicismo formaba de la vida tenía por consecuencia la subordinacion de la vida civil á la vida religiosa, de los laicos á los clérigos, del Estado á la Iglesia. Los clérigos, elegidos de Dios, eran los únicos que realizaban el ideal de la vida cristiana; y prevalidos de su superioridad, pretendieron formar un poder espiritual; y la Iglesia, depositaria de este poder, dominaba al Estado, representante de la vida civil, con el mismo título que el alma domina al cuerpo. Quitó la Reforma á la Iglesia la base de su dominacion, poniendo fin al dualismo de la vida en que se fundaba; nada de vida espiritual opuesta á la vida temporal; la vida es una, y toda vida es santa; nada de superioridad del clérigo sobre el lego: todo hombre es sacerdote; nada de poder espiritual, nada de Iglesia; toda nacion es soberana, y la soberania se ejerce sobre las cosas espirituales como sobre las cosas temporales; el sacerdocio no está ya fuera ni por cima del Estado, está dentro del Estado.

En la esfera social y política, no es la Reforma una vuelta á lo pasado, marcha resueltamente por el camino de lo porvenir. La Edad Media fué una

larga lucha para fundar la dominacion universal de la Iglesia, y la Iglesia debía sucumbir, porque sus pretensiones violaban las leyes de la creacion. La creacion es juntamente una y varia: el hombre es uno con sus semejantes por el lazo que á todos nos une en Dios, y es individual, como sér distinto de las demas criaturas; la humanidad es una por el fin que le está asignado, y particular por el genio individual de las diversas naciones. La unidad no puede cumplirse sacrificando lo que hay de particular y de individual, lo cual sería aniquilar al hombre y á la humanidad en su esencia. Rompió la Reforma la falsa unidad del catolicismo, y hay que agradecerle el haber hecho imposible la monarquía universal, así bajo la forma religiosa como bajo la forma política. Para alcanzar este fin, ha exagerado á veces el principio de la soberania individual y de la soberania nacional; no debe considerarse la revolucion religiosa del siglo XVI como un estado definitivo de la humanidad; no es más que un paso en la marcha del género humano, una etapa más que un estado, la transicion, en suma, del catolicismo á la religion futura. La religion de lo porvenir conciliará la libertad del individuo con la autoridad de la sociedad, de la independencia de las naciones con la unidad de la humanidad; será juntamente protestante y católica.

#### § II.—Gérmenes de la Reforma en la Edad Media.

##### N.º 1.—Los testigos de la verdad.

La Reforma es una revolucion, y toda revolucion es la expresion violenta de ideas, de sentimientos, de necesidades que han germinado largo tiempo en el seno de un pueblo ó de la humanidad, y á que se han opuesto diques y represion; mas cuando las ideas son verdaderas y las necesidades legítimas, la resistencia, lejos de contenerlas, les da nueva fuerza. Cada revolucion tiene, pues, sus raíces en lo pasado. Así, la inmensa revolucion que se llama cristianismo fué preparada por la antigüedad entera; filósofos y profetas, políticos y conquistadores aportaron cada uno su piedra para echar los cimientos del edificio destinado á abrigar al género humano durante siglos. Así también la revolucion no ménos importante á que asistimos como actores y como testigos ha tenido sus pre-

(1) ERASMI *Epist.* XIX, 41.